

LA VERDAD SOBRE EL ASCENSO DEL CÓRDOBA A PRIMERA

El extraño caso de Ulises "Uli" Tardáguila

(Versión con dos exjugadores narrando la historia)

Autor: Juan José Gañán Cabezas "Juanjo"



La verdad sobre el ascenso del Córdoba a Primera

El extraño caso de Ulises “Uli” Tardáguila

“A los que no logran conseguir sus objetivos porque no renuncian a todo”

Hasta el día del Sporting, Ulises, nuestro pequeño héroe mejicano, le estuvo rezando a su Virgen de Guadalupe para que el equipo se metiera en los playoffs, pero algo estaba fallando. En el partido anterior contra el Murcia la Lupita se hizo descaradamente la remolona y volaron dos puntos, con un inmerecido empate. La virgencita últimamente se estaba columpiando. Ya sé que el gran milagro fue saltar a sus veinte abriles de los llanos de su Guadalajara natal al continente europeo, con el fichaje de relumbrón por el gran Chelsy londinense, pero desde entonces la Santísima dejó de asistirlo. Emigrado su hijito allende los mares se podría decir que perdió su jurisprudencia, como si sus competencias se limitaran estrictamente al estado de Jalisco. Han pasado ya tres largos años desde que Ulises abandonara la patria de Villa y de Zapata, emulando al mítico héroe clásico, y, como éste, el chamaquito había recalado ya en numerosos puertos, elaborando su particular Odisea.

- Echa un poquito, compadre.

Durante todo ese tiempo el chiquito futbolista siguió confiando en su virgencita, agradecido por los favores pasados más que por los recientes, dejando en manos de esta las cuestiones más impropias y descabelladas –le pedía, por ejemplo, desarrollar su estancada habilidad con la pierna derecha, crecer unos centímetros para mejorar su juego de cabeza y otras cuestiones tan peregrinas como estas o más, que si se cumplieran competirían con el milagro de la resurrección de Lázaro o con el de la multiplicación de los panes y los peces.

Llegado a comienzos de esta temporada a la ciudad de las tres culturas retomó Ulises la costumbre de rezar a su Virgen milagrosa y a rogarle que le reorientara su carrera deportiva, pues difícilmente podría triunfar sin ayuda en nuestra capital –enterrados hace tanto los gloriosos tiempos del Califato-. Durante la primera vuelta de la competición liguera Ulises, después de su deslucido periplo *arlequinado*, descreyó sacrílega pero justificadamente de su religión, al acercarnos peligrosamente a los puestos de descenso y a punto estuvo de tirar la toalla, pero al final, cada domingo, en la caseta, al vestirse de corto o en el mismísimo excusado del vestuario, el miedo escénico le hacía acordarse de la imagen de su devoción y fervorosamente continuaba implorando sus favores, no fuera a ser fulminado con la indiferencia divina.

La cosa fue de pura chamba –como decía Gerardo, el amigo mejicano de Ulises-, si es que todo esto tiene algo que ver con el azar -aclaró Miguel, con su habitual verborrea y retranca-. Nuestro joven Odiseo, el martes antes del viaje a Asturias, llegó pronto al entreno y, como le dolía la cabeza, decidió invertir aquel tiempo extra esa fresca mañana en dar un paseo por los alrededores del estadio, a ver si se le pasaba un poquito, caminando tranquilamente por el barrio.

Aclaremos que Miguel, nuestro narrador, sabía todo esto porque se lo contó su amigo Velasco, el periodista, vecino del compatriota de Uli -el gordo Gerardo-, que se lo estuvo contando el lunes después del último partido de la temporada con todo detalle en su casa, y como el jefe de la editorial no había consentido publicar la crónica después de haberse pegado el trabajo de

redactarla, decidió contarla por el conducto que más asegurara su difusión: la transmisión oral a través de su amigo Miguel, nuestro antiguo jugador de Tercera. A mí me lo contó todo Rafael, el camarero del Club 3000, que había jugado conmigo en un par de equipos, al que Miguel le estaba contando la historia por segunda o por tercera vez, y cuando la oí me pareció, aunque descabellada, bastante simpática, por eso la escribo ahora lo mejor que puedo, porque al fin y al cabo se trata de un momento crucial en la vida de la ciudad y lo que menos me importa a estas alturas es que sea mentira o verdad y lo que piense la gente. Yo, como todos los cordobeses, vi aquel partido final en directo y después lo he visto unas cuantas veces porque lo tengo grabado, y cualquiera que lo viera tendría al menos unas dudas razonables sobre la verdadera naturaleza de los hechos. Pero sigamos escuchando el relato en boca de Miguel desde el principio, que es quien lo contó con más detalle y más gracia.

Ulises pasó buscando una farmacia por las puertas cerradas del gran centro comercial, donde le dijeron que estuvo el antiguo estadio del Arcángel, cuando el Córdoba jugaba en Primera, cuarenta y dos años atrás; pasó meditabundo y cabizbajo añorando su familia, sus amigos y su patria charra. Sólo su Virgen Morenita podía saber cuánto tardaría en regresar a su Jalisco querido. Entonces pensó que tal vez no estuviera tan lejos ese momento si continuaba la mala racha, pero más que alegrarse, se entristeció. Se daba cuenta que eso sería volver con el rabo entre las piernas, y eso no podía ser. ¡Había que hacer algo!

- Ya, ya. ¡Rezar! Ja, ja, ja –Rió el camarero. Y siguió nuestro viejo jugador de Tercera.

Entonces, compungido, se volvió a acordar de su virgencita que tanto le ayudó en el pasado y le fue rezando la más tierna y fervorosa oración, prometiéndole que pondría los cinco sentidos y todo su esfuerzo para ganar los partidos, y que si le ayudaba a subir este año a Primera le estaría eternamente agradecido y podría pedirle cualquier cosa que la cumpliría. Así fue como saliendo de la Avenida del Arcángel a la derecha, cruzó la Cuesta de la Pólvora y atravesó toda la calle del Conquistador Ordoño Álvarez, para plantarse sin

saberlo en el mismísimo Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta, la más célebre de las advocaciones marianas cordobesas.

- ¡Ave María Purísima! –Apostilló el guasón camarero.

- ¡Sin pecado concebida! –Le contestó Miguel. Y siguió con la historia del pequeño futbolista mejicano.

Se fue acercando al emblemático edificio mudéjar, contemplando desde lejos su esbelta fachada, coronada por un bonito campanario que apunta a los cielos, rodeado de un amplio recinto flanqueado por altos eucaliptos y palmeras. Al llegar a la altura de un pequeño templete gótico que sirve de humilladero a la entrada, miró el reloj y se dio cuenta que aún disponía de media horita por lo menos, por lo que decidió penetrar en el templo para ojear su interior y, si se encontraba con ánimo, reflexionar y dedicar alguna oración a la Virgen del lugar. Total, no había mucho que perder, a lo mejor resultaba que era realmente una cuestión de competencias, y empezaban a ser atendidas sus súplicas. La hermosa puerta principal estaba sellada por una reja de forja a aquellas horas vespertinas, pero vio entrar a una viejecita vestida de oscuro por una puerta lateral y se coló detrás de ella en el recinto. Dentro había una especie de huerto o jardincito plagado de macetas de flores de vivos colores, con un pozo rematado por un precioso brocal que sirve ahora para extraer las aguas de una antigua fuente milagrosa. Cuenta la leyenda que debajo de una higuera próxima al pozo, se le apareció por primera vez la Virgen a un pobre artesano que tenía a su mujer y a su hija enfermas, sirviendo aquella agua santa para sanarlas, como, según parece, ocurriera en otras ocasiones después con otros enfermos. Aunque de esto se enteraría Uli un poco más tarde.

Observó el perplejo Ulises al adentrarse en el recinto un cocodrilo –el famoso caimán- disecado y colgado de las paredes del edificio unos metros antes de dar con la pequeña puerta lateral de la iglesia, que también encontró cerrada. Entonces decidió pararse a ver aquel bonito jardín, observando más detenidamente al curioso reptil, que según rezaba allí en una leyenda escrita sobre el muro, fue capturado en una de las numerosas crecidas del río Guadalquivir, tan cercano a aquel Santuario, y que había sembrado el pánico en

los alrededores y se había atrevido a arrancarle una pierna al hombre que se le apareció después la Virgen de la Fuensanta. Se acercó luego al pozo para admirar su precioso brocal de mármol blanco, y no se le ocurrió otra cosa que sumergir el cubo con la cuerda de la polea para servirse con él un poco de su fresca agua. No tuvo que echarlo muy hondo, pronto dio con la superficie líquida y extrajo media cubeta llena; la dejó sobre el borde y con las manos juntas bebió de sus frías y limpias aguas.

En ese mismo momento Ulises vio a la anciana señora penetrar en la iglesia por donde hacía sólo un momento estaba cerrado, así que salió tras ella para intentar entrar antes de que cerrase la puerta a su paso. Franqueó sin problemas la entrada, con algún quejido de la vieja puerta de madera, y se encontró casi a oscuras en su interior, debido al contraste que se producía con el soleado día del abril cordobés. Aunque entró sólo unos segundos después de la mujer no halló ni rastro de ella cuando estuvo en su interior. Poco a poco se le fue haciendo la vista a la poca claridad que permitían las ventanitas de las naves laterales de la iglesia. Con la tenue luz del interior pudo darse cuenta que en la primera fila de asientos aparecía una sombra que se fue convirtiendo en lo que debía ser la señora de las puertas, con su ropa oscura y un velo negro cubriéndole la cara, postrada de rodillas frente a la imagen del Altísimo y a la de su Santa Madre, que lucía sus mejores prendas sobre el fondo azul del cielo estrellado en la parte superior del altar.

Miguel se bajó con apuros del alto taburete desde donde le contaba el relato al camarero detrás de la barra, se puso de pie y se le acercó para contarle aquella parte en voz baja, para que los demás parroquianos no se enteraran, no se fueran a reír de él o lo tacharan de loco. Respiró, le pegó un chupito al cubata y siguió así:

Ulises se sentó unos pocos banquillos más atrás y se puso a rezar mirando a la pequeña pero hermosa imagen de la Virgen, que destacaba bien iluminada en la penumbra del recinto. El futbolista inició su consabida retahíla de peticiones soltándolas en el orden habitual: rogó a la Virgen mejorar su salud que le había impedido estar en plena forma desde hacía tiempo; le pidió ser más rápido y

más resistente, y le pidió sobre todo –aunque él lo dijo con más palabras; ¡pásmense!- mejorar su olfato goleador, para terminar la temporada con un buen saco de goles y que así se fijaran en él los mejores equipos del mundo. La segunda parte de su tanda de plegarias prescindía de generalidades y pasaba directamente a exponer su lista de objetivos específicos: jugar todos los partidos de titular, marcar el gol de la victoria el domingo...

De pronto se oyó el sonido inconfundible de un móvil al que le había entrado un mensaje del wasap:

- Beep-beep, beep-beep.

A Ulises le despertó de su ensimismamiento el odioso sonido digital y cortó por la mitad el ritmo de sus trascendentes plegarias, por eso se levantó airado de su asiento para reprender a la señora. Se le acercó por detrás y le llamó la atención en un tono subidito:

- ¡Señora! Debería poner su móvil en silencio cuando entre en una iglesia.

Entonces ella se dio la vuelta para contestar y se levantó como en un ritual su leve velo. Todo ocurrió como a cámara lenta. Lo que Ulises había creído por la espalda una ancianita enlutada, era en realidad una joven hermosa con una peculiar expresión de ternura y bondad en su rostro.

- Tienes toda la razón, muchacho. –Respondió la mujer en voz baja pero realzada por el eco del templo-. Discúlpeme, por favor, pero era un mensaje importante. Ya he terminado. Lo apago.

Ulises se quedó tan impresionado de la juventud y belleza inesperada de la mujer, que por un momento no le salieron las palabras y cuando habló lo hizo balbuceando torpemente.

- No, no, no. No lo sabía, perdona-ne-me, señora, señorita, lo siento.
- No te preocupes, Uli –contestó la señora-. Te entiendo.
- ¿Cómo? ¿Me conoces? ¿Sabes quién soy?
- Sí, por supuesto, eres Ulises Tardáguila. –Y volvieron a retumbar sus palabras, repetidas por el eco que producía la soledad de la iglesia.

- ¡Dios Santo! ¿Cómo es posible? –Preguntó alarmado creyendo que se trataba de algo mágico o sobrenatural lo que le estaba sucediendo.
- Tranquilo, hombre –le susurró la mujer-, soy aficionada al fútbol. Te conozco perfectamente, tú eres el delantero mejicano del Córdoba, ¿verdad?
- ¡Ah! Sí, sí, claro. Por un momento pensé... Nada. Siga usted con lo suyo, ahorita termino yo, nomás.
- Está bien, muchacho, yo también he acabado con lo mío por ahora. Salgo ya pa fuera. Te espero en el guerto, si te parece y hablamoh. –Así citó la mujer al muchacho en la más castiza jerga cordobesa del barrio de Cañero.

Ulises tardó menos en salir que lo que tarda en santiguarse un cura loco, como el que dice. Cuando asomó por la puerta del huerto distinguió a la mujer en las proximidades del pozo regando unas macetas de geranios. Se dirigió hacia ella con las rodillas flojas, trató de serenarse y la saludó con su mejor sonrisa y toda su capacidad de persuasión:

- Hola –dijo tímidamente.
- Holaa –le correspondió ella.
- Tienes muy bonito el jardín. ¿Vives aquí? –Sólo se le ocurrió eso que decir a nuestro Odiseo, con la empanada, la cosa más tonta que había oído la señora en su vida-. (Y sin embargo, el primero que acertaba).
- Exacto, chaval, ¿cómo lo has adivinado? Pareces un chico listo, eh. –Se burlaba la guapa y morena mujer.

De pronto volvió a sonar el wasap de la chica:

- Beep-beep, beep-beep.
- ¡Oh, perdón! Otra vez el aparatito. Je, je, je –rió ella, miró el teléfono y dijo sin levantar la cabeza.
- Es un recado de una amiga mía de tu tierra.
- ¿De mi tierra? ¿Mexicana quieres decir?
- Sí. Tengo una amiga mejicana que me manda trabajito de vez en cuando. Ji, ji.
- ¿De qué parte de México es tu amiga?
- De Guadalupe. De tu Jalisco querido. Ji, ji, ji.

- ¡No me digas! ¡Qué casualidad! Pues mándale un abrazo de mi parte requete-cariñoso –se atrevió a decirle.
- Sí, sí, claro, Uliseh. Descuida. Ji, ji, ji.
- ¿Y qué trabajo te manda, si puede saberse? –preguntó el futbolista.
- Es para ayudar a una persona que ahora vive aquí, en Córdoba.
- Muy bien. O sea que trabajas para una ONG, entonces, ¿no es cierto?
- Bueno sí, algo así, eso es, Uli. Ves como eres un chico mu espabilao.

La guapa cordobesa dejó la regadera sobre el brocal y, un tanto acalorada, se quitó la rebequita negra y la colgó en un clavo de una de las columnas del porche, donde lucía, como una araña pegada a la pared, el emblemático caimán. Morena, siempre sonriendo y con su blusa azul celeste y su falda marrón hasta el suelo, que agarraba para no enredarse cuando caminaba, parecía una gitanilla yendo y viniendo por el huertecito. Y Ulises la perseguía con la mirada de aquí para allá, como a una pelota de tenis.

En uno de los cambios de campo –un poco antes de acabar el primer set- se le colocó a su lado y la acompañó a regar las macetas del muro de la entrada. Por fin la gitana deshizo el silencio:

- ¡Chiquillo! ¿Qué te pasa a ti que estás tan serio y tan callao?
- Nada. –Y siguió detrás de ella arrastrando los pies.
- ¡Cuéntame, hombre! Que yo entiendo de to. ¡Ándele!, cuénteles a su mamásita, ¡manitoo! ¿Se puede saber qué haces a estas horas rezando en la iglesia, chaval?
- No importa, –dijo para arrancarse- si es que en realidad yo no me puedo quejar.
- Eso es verdad. Tú eres un muchacho afortunado, futbolista profesional del Córdoba, o en realidad, mejor aún, del Chelsy. Debes ser rico o casi, casi. ¿De qué te quejas?
- Tienes razón. No, rico no soy, este equipo no paga mucho. –Dijo Ulises rojo como una amapola-. Ni gano tanto dinero ni el dinero lo es todo, sabes.
- Eso es cierto, está la salud y el amor por delante, ¿no? ¡Ji, ji, ji! Perdona.

- No, nada, sabes, yo vine acá a España a triunfar, nomás. Pero no tengo *chance*, el equipo no despega. Luego está la familia, que la tengo allá bastante apurada, todos muy lejos pero pendientes de lo que hago, y mis amigos y tanta gente que me sigue, para que yo ande arrastrándome de ciudad en ciudad, tirando a la basura la oportunidad que me dio la virgencita de ser alguien y de triunfar.
- Pero, tú les mandas tu dinerito para que vivan bien allá, verdad, y los llamas y te preocupas de ellos, y te entrenas duro y te cuidas mucho y te esfuerzas al máximo en cada partido por tu equipo, ¿no es cierto?

Ulises no contestó inmediatamente, pues no sabía si podía responder a todas las cuestiones tan afirmativamente como hubiese deseado. Después contestó un poco con evasivas.

- Sí, claro, pero estoy muy preocupado porque no he jugado mucho este año y cuando juego no me sale nada y perdemos muchos partidos y al final me echarán a un equipo aún peor el año que viene y no interesaré a nadie y acabaré en mi tierra dentro de nada, sin un peso y de borracheras o cosas peores, como tantos deportistas fracasados.
- ¡Para, para, chaval! Que no será para tanto. Ya quisieran la mayoría tener tus problemas. –Le dijo al mejicano la mujer mientras tomaba su barbilla con su mano en un gesto afectuoso. Y siguió.- Tú trabaja para mejorar y esfuérzate todo lo que puedas para que tu equipo gane y procura que tu familia sea feliz, que aunque no lo parezca son dos cosas parecidas. Esos son verdaderamente tus dos equipos. Pero tienes que poner toda tu alma en ello y dejarte de excusas.
- Sí, pero ya quedan pocos partidos y si no empezamos a ganar va a ser imposible que estén contentos conmigo. Al final lo que importa es ganar, nada más. Por eso he entrado aquí a rezar, para que me eche una mano la Virgen, para que nos ayude, qué sé yo, aunque sea haciendo un milagro.
- Vamos a ver, Uli, no seas aprensivo, hijo. “*Siembra y recogerás*”, decía el Señor, pero nadie recoge los frutos al día siguiente de haber sembrado. Más tarde o más temprano si trabajas en serio, si trabajáis todos duro, acabarán viéndose los resultados. Si quieres resar, resa. Yo también resaré

por ti aquí. ¡Y olvídate de lo demás! Será lo que tenga que ser. Ocúpate sólo de lo que puedas hacer tú. ¡Nomás!, como tú diseñ.

- Es verdad, tienes razón. A lo mejor podría hacer algo más de lo que hago.
–Le dijo Ulises a la joven con la mirada perdida. Luego la miró a sus bonitos ojos castaños y le aseguró.
- Lo tendré en cuenta.

De pronto se acordó Uli de su obligación de entrenar y despertó de esa especie de letargo al que parecía estar sometido. Las hermosas palabras de aquella encantadora muchacha resultaron como una aspirina para su dolor de cabeza. Sintió la llamada del deber y la urgencia del trabajo. Se tensó como una ballesta y desde entonces no volvió a apartar el ojo de la diana. Completamente transformado, fresco y alegre se dirigió a la chica por última vez diciendo:

- Bueno, perdona, que llego tarde al entrenamiento. Me paso después y nos tomamos una copa, vale. ¡Chao! –Se despidió y aquello fue todo.

Miguel, como un experto actor de vodevil, hizo mutis unos segundos para ver la cara que se le quedaba al barman, que por fin interrumpió el silencio para decirle:

- Un segundo Miguel que me llama el de la esquina. ¡A ver si es pa pagar! Yo creo que está aburrío, si quieres le digo que se venga a escuchar. Ja, ja, ja.
–Nada. Quería otra copa. Estaba solo y era temprano para llegar a su casa, vaya a ser que pillara a su mujer despierta. Se la sirvió y volvió con el viejo jugador a escuchar con atención. Cuando estuvo a su lado empezó preguntándole el otro:
- ¿Qué te parece, Rafael?
- Normal, Miguel. Que iban las cosas fatal y el muchacho tenía ganas de triunfar. Eso nos ha pasao a tos. ¡Siga usted! –Y continuó Miguel.

Decía su amigo Gerardo que Ulises salió del Santuario medio corriendo camino del estadio, pensando en los sabios consejos de la joven y guapa muchacha, cuando al llegar se acordó que no le había preguntado siquiera su nombre ni le había pedido su número de teléfono. Pero ya era tarde, se acercaría luego con

el coche después del entreno. Era una muchacha divina, la muchacha más bonita y simpática que había conocido desde que llegó en septiembre a Córdoba, nada que ver con la mala fama de la típica mujer cordobesa, guapa pero “esaboría” -como se dice aquí- y súper creída.

Ese martes se tomó más en serio que nunca su trabajo. Tras el descanso del lunes, que es el día de fiesta de toda la vida de los futbolistas se empieza la semana con un calentamiento más largo de acondicionamiento del cuerpo para un trabajo intensivo de resistencia y de fuerza a base de duros ejercicios con peso, un tipo de entrenamiento que siempre se le había hecho especialmente duro a Uli, más amigo de los ejercicios con balón, donde exhibía sus habilidades circenses con su zocata de oro.

- Tú ya me entiendes Rafael, no nos engañemos, como tú y como yo cuando éramos peloteros, y cómo la mayoría de los futbolistas, que para hacerlos correr hay que engatusarlos con la pelotita o no le dan un palo al agua.
- No exageremos, Miguel. Yo puede que fuera así y tú más todavía, pero hay muchos futbolistas a los que les encanta correr y hacer ejercicio. – Puntualizó con justicia el exjugador más joven de los dos.
- Pero si a ti no te hacía falta correr. Tú técnicamente estabas sobrao, Rafael.
- Gracias, Miguel, pero eso es un topicazo. Yo no sé en sus tiempos, pero yo tenía que correr como tos, y cuando dejé de correr me tuve que meter de camarero, ¿estamos? ¿A usted no le pasó lo mismo?
- Puede ser, puede ser.
- Ande, siga de una vez.

Pues bien, ese día, por lo visto, en las series de carrera continua alrededor del terreno de juego Ulises se fue acordando de la muchacha de la iglesia y le dio ánimo para no quedarse atrás y adelantar a sus compañeros, sin hablar apenas con nadie, muy serio, hasta colocarse en cabeza, junto a los atletas –digamos-, los que vivían de su físico –la mayoría defensas- y, por qué no decirlo, los que, como él, querían demostrarse a sí mismos, a su entrenador y a los demás, que se podía contar con ellos.

Algunos sonreían al verlo pasar, y todos acabaron sorprendidos viéndolo tirar del grupo; el pequeñín artista estaba trabajando como un maldito peón. Nadie dijo nada. Casi todos por dentro se alegraron del arrebató de pundonor del manito y esperaron que el cambio no fuera flor de un día. Después llegaron los abdominales, los lumbares y los ejercicios con carga. Ulises, machacado con las veinticinco vueltas al campo a pleno rendimiento, no podía con su cuerpo, mucho menos con los enormes balones medicinales. Sin embargo siguió las órdenes del preparador físico al detalle, mientras el míster les echaba la bronca por el partido pasado, aunque a punto estuvo de no levantarse en una de las veces que su pareja de trabajo -el bueno de Arturito- le golpeó con el enorme balón en el pecho y lo derrumbó como a un pelele.

Aquel día en la ducha, al parecer, fue el centro de atracción. Los dos delanteros gigantones se burlaban de su repentina actitud, mientras casi todos les reían las gracias y sólo unos pocos le dirigían unas palabras de ánimo o le daban unas palmaditas en la espalda. Uli sonreía también sin perder el buen humor, a pesar del cansancio, mientras aún pudiera mover al menos los músculos de su cara, pero callaba, satisfecho con el trabajo realizado. Y sólo pensaba en si podría hacer aquel esfuerzo supremo cada día. Al menos lo iba a intentar. Después pensó en la chica de la iglesia. Aún podría llegarse a por ella e invitarla a una copa, como le había prometido, y le hablaría del trabajo de hoy y de su nueva mentalidad, que ella le había inspirado en gran parte. Se vistió con las pocas fuerzas que le quedaban y se subió a su carro, derrapando al arrancar sobre la tierra rojiza de los aparcamientos.

Llegó en menos de cinco minutos, tragándose todos los badenes de la carretera próxima. Dejó el coche bajo la sombra de un eucalipto gigante en la cuesta de al lado de la iglesia y saltó a la acera casi corriendo en dirección a la puerta lateral. Al pasar por la fachada principal se encontró la entrada abierta y penetró por allí mismo. Acababa de concluir una misa de difuntos y por poco no se tropieza con el féretro, al que tuvo que esquivar. Algunas personas se demoraban a la salida entre caras largas y lamentaciones.

Ulises cruzó por el pasillo central santiguándose y mirando para un lado y otro del oscuro interior de la iglesia. Salió por la puerta del fondo y saltó al huertecito contiguo. Por allí todavía quedaban algunas personas que iba succionando la puerta del muro como una cloaca. Corrió detrás de un grupo de mujeres para mirarle la cara a una señora con ropa negra que iba entre ellas. ¡Nada! Resultó una pequeña anciana arrugada como una pasita y casi de su mismo color, que lo miró al girarse con su cara beatífica, como si disfrutara sólo con mirar los rasgos alegres y añejados del chaval. Uli vio salir a las últimas personas del jardín y se dirigió a la puerta de la casa que está al lado de la del templo. Llamó al timbre. Esperó. Volvió a llamar. Volvió a esperar, pero nada, no había nadie o la casa estaba abandonada. Así que salió por la puerta pequeña dejando el precioso huerto extrañamente deshabitado.

Gerardo contaba, sabes Rafael, que Ulises nunca volvió a pasar por allí. Ya fuera por dejadez, por las premuras de tiempo que tienen también los que trabajan un par de horas diarias o porque en el fondo le sobrecogía la idea de que hubiese tenido una experiencia sobrenatural, el caso es que trató siempre de esquivar aquel lugar sagrado, sin por ello dejar de pensar en la misteriosa mujer y en sus acertadas recomendaciones. Ulises se dedicó a trabajar seriamente, un día tras otro, pronto pararon los dolores de cabeza y hasta las burlas de sus compañeros y, a pesar de su juventud, fue aceptado como uno de los líderes del equipo, con su diez a la espalda que nunca volvería a quedársele grande en su pequeña espalda y lo luciría hasta el final como los grandes cracs.

Como había predicho la mujer de la Fuensanta, poco a poco Ulises fue recogiendo con creces lo que con tanto esfuerzo sembraba, convirtiéndose en un jugador importante para su equipo. El Córdoba, que también veía madurar los frutos de su nuevo entrenador catalán, “El Chapi” Ferrer, remontó vertiginosamente posiciones en la tabla ganando inesperadamente al Sporting en Gijón esa misma semana, al Alcorcón en casa y al Hércules en Alicante; empatando en el nuevo estadio del Arcángel con el Mirandés, para no abusar, con Uli en el banquillo; y ganando de nuevo a los imparables pupilos de Eusebio en el coqueto Mini Estadi del Barça “B”, con un inolvidable gol de Uli Tardáguila en jugada personal.

Quedaban cinco partidos para el final y por primera vez en la temporada teníamos al Córdoba en puestos de Playoffs. El Dépor y el sorprendente Éibar parecían imparables en cabeza, directos a Primera; el Barça “B” no contaba para el ascenso; después estaban los gallitos de Segunda, una jauría de lobos feroces rabiosos por hincarle el diente a la Primera: los dos eternos rivales canarios, Las Palmas y Tenerife; los pimentoneros del Murcia, con un presupuesto hecho sólo para ascender; después nosotros en séptimo puesto y pisándonos los talones los temibles asturianos del Sporting, a los que les ganábamos el *goal average*, y, con todas las opciones intactas, el otro equipo andaluz, que aún recordamos en la categoría dorada, el Recreativo de Huelva, decano del fútbol español.

De los quince puntos que quedaban podría valer con ocho seguramente, para asegurar habría que tener nueve, es decir, ganar tres de los cinco partidos. Repasemos esos últimos partidos para que el lector se meta en situación, aún a riesgo de competir –Dios nos guarde- con el reportero deportivo de turno.

El día del Real Zaragoza en nuestro estadio Ulises pensó en la señora de la Fuensanta al saltar al campo, y hasta la buscó por las gradas. Ella había dicho que era aficionada y nosotros necesitábamos toda la ayuda posible. Pero nada, ni rastro. Él estuvo todo el encuentro como perdido, pero, de todas formas, cuando el míster lo cambió en el minuto sesenta y dos, para amarrar el resultado, el Córdoba ganaba uno a cero. Diez minutos después nos empataba Cidoncha y en el último minuto perdíamos con un gol *in extremis* de Roger. Cero de quince. (Es histórico).

Después se enteraría que esa misma tarde había llegado a Córdoba la Virgen de Guadalupe y su amiga la de la Fuensanta la había ido a recibir a la iglesia de los Franciscanos, su residencia oficial, donde se la recibió con los debidos agasajos, aunque en *petit comité*, para no levantar demasiada polvareda, pues llegaba no en misión oficial sino secreta. Después de descansar, al día siguiente, a la vez que la Fuensanta le enseñaba las novedades arquitectónicas de nuestra ciudad, por expreso deseo de la mejicana fueron a visitar a todas sus amistades –en realidad, las autoridades y personalidades religiosas más relevantes de la

historia cordobesa-, con las que estuvo concertando en persona una especie de cónclave que tendría lugar no se sabe dónde a partir de esa misma semana.

- ¿Qué cónclave, Miguel? El otro día me dijo usted que formó un equipazo de santos y se los llevó a entrenar a la Salle.
- Eso es, Rafael, déjame terminar. Eso es lo que me dijo Velasco, el periodista, que le había dicho Uli a su amigo Gerardo. ¿Puedo seguir?
- Siga usted.

En la isla de Tenerife “El Chapi” repitió alineación con Uli y el Córdoba repitió su mal juego pero no el resultado negativo. Al cuarto de hora en un despiste chicharrero Ulises entre tres rivales mete un pase de gol a López Silva, que se planta delante del arquero, al que bate por bajo. Los canarios dispusieron de innumerables ocasiones para empatar y llevarse los tres puntos después –disculpen el argot futbolero- pero unas veces el portero Juan Carlos, otras los palos y otras la Divina Providencia, que volvió a estar de nuestro lado, sellaron la portería cordobesa, cayendo la victoria de nuestro lado y renovando las esperanzas perdidas al alcanzar de nuevo las plazas para disputar el ascenso. Uli, que fue sustituido en el minuto cincuenta y nueve, en lugar de irse a la ducha, se quedó en el banquillo rezando y tras obtener el resultado apetecido salió al terreno del Heliodoro Rodríguez a agradecer su apoyo a los aficionados cordobeses que habían marchado tan lejos para animar a su equipo. Y allí, entre aquel pequeño grupo, por un momento, vio a dos muchachas morenas muy guapas con la camiseta blanquiverde que le resultaron familiares, pero a las que no pudo saludar debido al poco tiempo de que disponían para celebraciones antes de coger el avión para la península. Sin embargo Uli hubiera jurado –cuenta Gerardo- que la señora de la Fuensanta estuvo allí, y, seguramente, en un papel más activo del que cabría imaginar.

- Rafalito, ponme otra, luego te firmo en la servilleta la cuenta –pidió medio en broma medio en serio Miguel, achispado.
- No me extrañaría. No sería al primero ni al último al que le deja la púa, ¿verdad? Pues le veo fregando vasos, que conmigo no cuela. -Pero fue y le

llevó de nuevo otra copa para que siguiera con el relato. Y continuó este después del breve receso.

El siguiente partido en casa contra los alevines del Madrid, en plena feria de Mayo –que Uli, como todos, la celebró como una Semana Santa; en capilla, hasta el final del encuentro-, aunque tardó en decantarse a nuestro favor, no se sufrió en exceso, con dos goles soberbios en la segunda parte que nos dejaban a las puertas del Playoff y a ellos en puestos de descenso. Nos consta que las dos mujeres vivieron intensamente aquel encuentro, pero en esta ocasión nos bastó con los once jugadores de carne y hueso, con el míster y con un enardecido público que empezaba a creérselo.

Contra el Recre en Huelva los dos equipos andaluces nos jugábamos el ser o no ser –estar o no estar en Playoffs-. Recuerdo un desplazamiento masivo de aficionados pues ganando estábamos clasificados matemáticamente. Y por primera vez a la llegada al estadio centenario Nuevo Colombino, Ulises pudo distinguir agitando sus banderas entre los cordobeses que jaleaban la llegada del autocar del Córdoba a la Señora de la Fuensanta, en vaqueros y camiseta blanquiverde, saltando junto a otra joven morena, con toda la cara de la Virgen de Guadalupe. Después, durante el partido, los dos equipos y las dos aficiones lo vivirían con tensión.

Tras la única oportunidad de gol del Córdoba en la primera parte, a la media hora López Silva controla un balón en el pico izquierdo del área y lo eleva con clase al segundo palo por encima del portero, pero el meta onubense consigue tocarlo con la punta de los dedos y se estrella en la escuadra, saliendo rebotado de frente al pecho de un defensor, que se duerme en el despeje, y Ulises, nuestro espabilado chamaquito –tal vez espabilado desde la grada- le roba la cartera anticipándose con su cabecita loca para dar la ventaja a los nuestros.

Al poco la primera intervención directa de nuestras aficionadas –según reconoció el propio jugador mejicano-. Antes de acabar la primera parte dos de nuestros defensores emparedan a un delantero del Recre y el árbitro pita penalti. Para más inri se encarga de tirarlo Morcillo. Hasta aquí pudo

contenerse nuestra Señora de la Fuensanta, la ardiente sangre blanquiverde que le corría por sus venas no le permitió dejar al libre albedrío, digamos, el acierto del jugador onubense, no permitiría un titular en los diarios nacionales del día siguiente tan grosero y facilón como “Al Córdoba le dieron morcilla en Huelva”. Y actuó. La amiga con cara de mejicana estuvo de acuerdo. El penalti iba bien tirado, con pierna izquierda, muy fuerte y raso. Entonces las dos fans cordobesas se miraron y asintieron como ante un espejo. La lupita le guiñó un ojo a su querida amiga y Nuestra Señora de la Fuensanta no tuvo más que soplar y el balón estalló contra la cepa del poste y botó fuera del área de la fuerza que llevaba, a los pies del pequeño Uli, por si acaso. Asunto solucionado. Aunque la intervención impulsiva de la parejita no dejó de remorderles la conciencia el resto del partido, y en el último minuto quisieron compensar al otro equipo andaluz con el gol del empate que dejaba para el último encuentro la clasificación para ambos.

A la semana siguiente en el Nuevo estadio Municipal del Arcángel abarrotaban los graderíos 21.000 espectadores que hacía mucho que no se veían en otra igual. El rival: el Mallorca, que se jugaba el descenso y la ruina más absoluta. La radiodifusión española retransmitía al unísono los encuentros de los clubs implicados. Todos con la vista en el campo y la oreja en la radio. El milagro se podía hacer realidad, aunque harían falta varios, no sólo aquí sino a lo largo de la geografía española. Nosotros sólo contaremos los de nuestro partido, de cuyas muestras fuimos testigos directos.

Nada más empezar, corre la banda izquierda Alex Moreno llegando hasta la línea de fondo del Córdoba, hace el pase de la muerte mirando al tendido, para que el goleador judío-mallorquín, Tomer Hemed, no tenga más que empujar el balón para hacer gol. Inversísimilmente detiene Juan Carlos -sin duda inspirado por nuestra enigmática dama, en su cruzada particular por favorecer al manito, supongo, o tal vez por cuestiones patrióticas o celestiales, que esto no nos ha quedado muy claro.

Al poco la incursión isleña es por la otra banda, Ximo Navarro llega también hasta la raya y centra picado al primer palo para que el jugador israelí vuelva

a rematar, ahora de cabeza, en un bonito escorzo y con toda su alma errante, unos centímetros rozando por fuera del palo, acongojando a toda la grada. Después un tímido remate por cada lado, mientras Nuestra Señora desde el anfiteatro de Preferencia, histérica, gesticulaba y resoplaba como una forofa cualquiera.

Antes de la media hora de juego Ulises coge la batuta en el centro y hace dos paredes seguidas con Xisco, que se da la vuelta y dispara al borde del área para que el portero granate la saque con la yema de los dedos en una magnífica estirada a ras de suelo y cuando en el rechace Ulises, se dispone a empujarla para marcar, la despeja un pie mallorquín que acababa de llegar por allí milagrosamente también –no me cabe duda que como consecuencia de la intervención más o menos directa de La Virgen de Lluc, patrona de Mallorca, que debió estar camuflada entre los espectadores foráneos. (Y es que este es el grave problema de las prolíficas advocaciones marianas, como con el asunto de las Autonomías, nunca quedan claras las competencias).

Todavía antes de acabar la primera parte Ulises Tardáguila, nuestro Odiseo, lanzó una falta desde el semicírculo del borde del área con todos los mallorquines en la barrera erguidos protegiendo sus partes nobles –más acongojados casi por el posible balonazo que por el peligro de gol-. La lanza muy fuerte y por bajo –con su zurda divina- pegada a la cepa del poste derecho, pero el balón consigue ser despejado en última instancia por el otro israelí del Mallorca, el portero Aouate, en fabulosa estirada –al que tuvo que ayudar a regañadientes la Virgen mallorquina, saltando por encima de la cuestión religiosa y de aquel turbio asunto con su compañero Munúa en sus años con el Dépor en Primera. Para acabar la primera parte Hemed –el judío errante, ya saben por qué- con su pretencioso número diez a su espalda, vuelve a fallar otra oportunidad garrafal cuando a puerta vacía la Fuensanta se le adelanta al conseguir alargar el miembro derecho del defensa Gunino.

En el descanso recibe la Señora un mensaje misterioso en el Wasap que decía:

- Tía, ni para ti ni para mí. Con un empate nos salvamos y vosotros os metéis en playoffs. ¿Aceptas un pacto? ¿Nos quedamos quietecitas y firmamos el cero a cero?

La Fuensanta le enseñó el mensaje a su amiga mejicana y le preguntó:

- Mira esto. ¿Tú qué dices? Tú eres la que has liao este follón. –La morena Señora de Jalisco miró el móvil de su amiga y no lo pensó.
- Por supuesto. Pregúntale dónde está viendo el fútbol. –Contestó contundente la de Guadalupe.
- Beep-beep. En tribuna, en los palcos VIP, diçe la moza. Como se notan los presupuestoh municipaleh. –Soltó la de la Fuensanta.
- Dile que nos hagan sitio, que vamos para allá a ver la segunda parte a su lado. Que no me fío mucho. –Terminó por decir la Virgen Hispanoamericana a la par que se iban levantando para cruzarse hasta el otro lado del campo.

Efectivamente, la segunda parte fue como esos combates de boxeo de tanteo en los que dan vueltas y vueltas por el ring los dos púgiles amagando pero sin pegarse un solo golpe. Conocedores en el intermedio de los resultados de los demás equipos, el empate nos valía a todos. Así fueron pasando los minutos hasta que el árbitro a los noventa pitó el final del encuentro y le faltó levantar los brazos de los dos capitanes para declarar el combate nulo.

Los dos equipos se abrazaron como locos por el éxito conseguido. Ulises se puso de rodillas en el césped, levantó la cabeza al cielo y cerró sus ojos dándole las gracias a su divina Señora de Guadalupe y a la de la Fuensanta, consciente de su deuda. Las buscó en Preferencia donde le pareció haberlas visto pero no las halló, hasta que tuvo que dejarlo porque fue aplastado por tres compañeros que se subieron encima para abrazarlo. El Mallorca seguía siendo equipo de Segunda, con tiempo de intentar el año que viene el ascenso, como corresponde a un club de su solera y a un municipio acaudalado. Y el Córdoba se metía de chiripa en el último puesto de los Playoffs, como quería Uli Tardáguila y todos los cordobeses de bien, aunque

sólo fuera por dilatar la temporada para vivir una apasionante eliminatoria contra el Murcia, el mejor equipo del grupo después de los dos ascendidos. Las tres Señoras milagrosas se abrazaron también como si fueran sólo una, como las tres gracias más hermosas del estadio, felices de haber realizado tan buen trabajo.

- ¿Qué te parece compadre? ¿Hay tomate o no hay tomate aquí? Anda, Rafael, ponme la penúltima, salao.
- Termínese esa, ¿no? Ande, siga, que hoy nos amanece y le voy a tener que acompañar a su casa, vaya a ser que no atine con las llaves.
- No, si yo las llaves las veo, lo que no veo es el agujero, ¡sipote! –Obedeció apurando su vaso y continuó Miguel con su crónica.

A los cuatro días se jugaba el primer partido de Playoff contra el Murcia en nuestra capital. Una marcha ciudadana de aficionados como una marea humana blanquiverde desgañitándose con nuestro himno y los cánticos más alocados procesionaba por el centro de Córdoba, siguiendo por la judería hasta llegar al Estadio del Arcángel, donde celebraron la llegada del autocar de su equipo, concentrado todo el día hasta la hora del partido.

Este primer duelo de la eliminatoria fue más interesante de lo que el marcador reflejó al final del mismo. El insípido empate a cero, que dejaba las espadas en todo lo alto para el viaje a la huerta murciana, pudo romperse por ambos bandos en bastantes ocasiones que erraron uno y otro conjunto, atenazados por los nervios de lo que se estaban jugando. Destacaremos sólo dos acciones que nos parece que confirman la tesis de este relato periodístico ligeramente novelado. Por un lado se dio la circunstancia de que “El Chapi” Ferrer no consideró alinear desde el principio a nuestro héroe mejicano Ulises Tardáguila, en su posición de media-punta, saliendo con cinco centrocampistas claros, con el mojón en el culo, ¡seamos claros! Y díganme ustedes qué les parece que después de tanto rezar y de tanto esfuerzo no lo pongan al pobre a jugar el día más señalado de su carrera deportiva. Evidentemente aquello lo arreglaron nuestras benditas Señoras, haciendo caer de mala manera a su colega Pelayo, dislocándole –

piadosamente- el hombro a los veinticinco minutos, teniendo que salir en camilla sustituido por el pequeño charro. Lo otro, el único suceso futbolístico reseñable, tras las escasas y poco claras ocasiones de peligro, en el minuto noventa, para terminar, un pelotazo de Xisco, el gigantón de las bromitas a Uli en los vestuarios, se estrella en la cepa del poste murciano, haciendo levantar de su sitio a todo el estadio. Sólo permanecieron sentadas dos espectadoras de lujo en Preferencia, Nuestra Señora de Guadalupe, en charreteras con una faja verdiblanca alrededor de la cintura y con las botas camperas, y la Virgen de la Fuensanta, con la falda granate del Murcia debajo, y la camisola rayada blanquiverde en lo alto, como le exigía – ¿podrán creerlo? - el ser igualmente tanto patrona cordobesa como patrona murciana. Por eso, nomás, el cero a cero, desde el principio, estaba cantado.

Pero en Murcia alguien tenía que ganar. La Morenita Mejicana acompañó a su amiga Fuensanta hasta su localidad mediterránea. Por la mañana nuestra patrona le mostró su precioso santuario en las proximidades de la ciudad, realizando el recorrido a pie hasta la catedral de la villa, a donde la trasladaban en Romería en la feria de septiembre. La Mejicana no es que se asombrara de la magnificencia y la espléndida consideración que tenían con ella los murcianos, pues ella estaba muy acostumbrada a las exuberancias y exageraciones de su propio país, sino que se daba cuenta de que tal vez no sería buena idea obligarla a escoger entre ambas localidades. Así que, sin confesárselo, pensó que debía poner también algo de su parte, por si la otra, indecisa, no se animaba a volcarse con el equipo andaluz, que era por el que había viajado tan lejos la charra, para que la dejase tranquila el peso de Tardáguila.

- Si quieres que te cuente el partido échame otro, que tengo la garganta seca, ¡caramba! –Inquirió Miguel al mesero, con su *media lagartijera*. Esperó a que le trajera otro vaso con los tres hielos, miró como le servían la porción de ginebra y la mitad del refresco de cola, y finalmente cómo le dejaba caer una rodajita de limón, que el exjugador sacó, estrujó y volvió a echar con meticulosidad pero escasa pulcritud.

- Esto lo pusieron de moda los soldados de las fuerzas aéreas de la Gran Bretaña -explicó Miguel por enésima vez para los cuatro restos que quedaban en la barra-. Esto no es un Cubalibre. Esto es un R.A.F, con las mismas letras de la armada británica. ¿Estamos?
- Que sí, Miguel, vamos a seguir con lo nuestro –cortó el barman para que no le soliviantara al resto de la clientela-. Cuéntemelo a mí solito. ¿Qué pasó en Murcia?
- Está bien –pegó un buchito al cóctel inglés y continuó con la charla.

Los murcianos se creían que iba a ser un partido de trámite. Los aficionados, la plantilla y sus técnicos pensaban más en el equipo que le tocaría en la siguiente ronda que en nuestra humilde presencia. Las Palmas y el Sporting se jugaban la otra plaza de la final, y parece ser que sólo ellos contaban. Pero eso ya se vería en el campo.

A estas alturas hacía rato que el relato de nuestro cronista deportivo era el epicentro del garito nocturno, por lo que en ocasiones se dirigía en general a todo el auditorium, mientras que se replegaba al cara a cara de la íntima barra cuando buscaba la complicidad de su camarero y amigo Rafael.

La Fuensanta se llevó a la Virgen de Guadalupe a los palcos del personal del Ayuntamiento, donde había disfrutado del abono de temporada junto al alcalde pimentonero. Bien arreglada o como aquel día, con su traje de huertana y su moño recogido con unas graciosas florecillas rosadas, tan guapa, nunca le preguntaron si le pertenecía realmente aquella localidad, sino que directamente le proponían continuar la fiesta por los pubs de la localidad, a lo que a punto estuvo de acceder en alguna ocasión, como joven alegre que era, hasta que se daba cuenta de su verdadera naturaleza y se disculpaba con la excusa más peregrina.

Cuando se sentaron juntas en el elegante palco municipal la Lupita se removía en su asiento como una serpiente, pues habían pactado resignarse a dejar la victoria al libre albedrío de técnicos, jugadores y árbitros, como unas espectadoras más –dejándolo en un “que sea lo que Dios quiera”-. Pero era la mejicana la que llevaba sufriendo las quejas y súplicas del futbolista charro

durante años, con la persistencia del gota a gota chino y la contundencia de un martillo pilón. Al fin y al cabo La Fuensanta era una mandada a la que le habían venido bien de rebote las victorias del chamaco por coincidir con las de su equipo. Y la carismática Virgen de Guadalupe no había cruzado los océanos para esto, con el trabajo que se había dejado atrás en su México lindo y querido.

Nada más que empezar, a los siete minutos, penalti contra el Córdoba, Juanlu derriba claramente a Eddy, lo tira Saúl y lo echa fuera. Y a la jugada siguiente el propio Juanlu, para resarcirse de su error, desdobra a Pinillos por su banda izquierda y centra para que Pedro, marque a placer de cabeza en el segundo palo, hecho que ni siquiera festeja, a pesar de su gran importancia, que es una cosa que no me entra a mí en la cabeza, -señaló el viejo jugador a su amigo-, juntando las manos en señal de perdón por marcar a su anterior equipo -o eso o que le daba las gracias a la manita que le echaban del cielo-. La mejicana se hace la tonta abrazando a su amiga que trata de liberarse de sus garras por el qué dirán y la mira directamente a los ojos. La Lupita baja la vista con una risita y la Fuensanta se indigna porque se estaba oliendo la tostada.

- ¿Qué pasa aquí? ¡Cuéntame guapa! Yo creía que aquí no ejercías, querida. ¿O me engañas o has hecho algún fichaje?
- Ji, ji, ji, ji. –Y de repente un mensaje en el wasap de la mejicana, decía: “¿Has visto eso? Dos milagros en diez minutos?” Y la respuesta: “¡Muy bien! Pero poco a poco, prudencia, a ver si se va a notar mucho.” Después se excusó:
- Perdón.
- Nada, nada. ¿Qué...? ¿los espías? –le sugirió con sorna la murciana.
- Los Patronos de tu ciudad olvidada. –Le soltó en serio su amiga. Y la Fuensanta se echó a llorar abrumada por no poder decidirse a ayudarla a inclinar la balanza.

Eso me han dicho, y como me lo dijeron lo escribo. Aunque les parezca extraño. Me lo contó mi amigo Rafael, que Miguel le dijo que al plumilla le había contado el gordo Gerardo que Ulises no fue quién vio a las dos mujeres en el palco, sino el chiquillo del carrito de los helados, que estaba en plena

adolescencia y se quedó prendado de aquellas mujeres tan hermosas. Y fue este muchacho el que las estuvo rondando todo el partido, ofreciéndoles hasta en cinco ocasiones su refrescante producto desde el escalón superior para asomarse al balcón de sus blancos escotes. Él fue quien las vio abrazarse, reír y llorar, y el que refirió el asunto a sus compañeros en el ambigú próximo al vestuario, donde Raulito Bravo y su amigo Uli se tomaron un refresco para celebrarlo, antes de coger el autobús de vuelta, donde oyeron referir al vendedor ambulante las bondades de las guapas muchachas y sus comentarios, por lo que al final, atando cabos, el bravo e inteligente futbolista mejicano llegó a la conclusión –y así lo retransmitió al parecer para toda España- de quiénes serían aquellas bellas aficionadas y cómo actuaron.

Hasta la segunda parte no consiguió empatar el Murcia en jugada personal de Wellington. A esas alturas de partido La Fuensanta ya había hecho llamar a los niños milagrosos –los fichajes que la Lupita se había traído de contrabando- que no eran otros que nuestros patronos San Acisclo y Santa Victoria, y los tenía sentados a su lado, a buen recaudo, para que no hubiera sorpresas. Pero después del empate, viendo el cariz que tomaba el asunto, los dos hermanos tramaron en voz baja un plan sencillo que pusieron sin demora en marcha. Vicky, Victoria, consiguió despistar a la Fuensanta pidiéndole dejarle ver su espléndido traje regional murciano, haciéndole levantarse y darse la vuelta para contemplarlo. Entonces, aprovechó Acisclo –sin la menor cara de Santo- para echar una mano a su equipo. De nuevo Pedro entra por su pasillo derecho, centra desde medio campo murciano y Raúl Bravo, entrando desde atrás con toda su alma cabecea de nuevo inapelablemente a la red. La Fuensanta, como todos, se levantó, miró a sus dos chiquillos y los encontró exultantes pero ruborizados, disimulando una sonrisita tímida que no acababan de poder ocultar, miró entonces al Alcalde de soslayo, que como el resto de los murcianos achacaban la culpa del gol a un desajuste defensivo, así es que no se molestó en disculparse, dio media vuelta y se volvió a sentar callada.

El resto del encuentro sería un quiero y no puedo del equipo local, sin fructificar. Dos tiros lejanos resueltos con dos ligeros soplidos de Vicky fuera de los palos y un tiro al larguero en el último minuto que Acisclo tuvo que achicar

con algo más de trabajo, aumentando el grosor de la madera imperceptiblemente durante unos instantes. ¡Coser y cantar! ¡El Córdoba pasaba a la siguiente ronda! Los jugadores se abalanzaron unos sobre los otros, como en Sodoma y Gomorra o peor, se dirigieron a las gradas para festejar con la afición el triunfo y todo quedaba pendiente de la gran final a doble partido con Las Palmas, que había eliminado al Sporting; el primer partido en el Nuevo Arcángel –más nuevo que nunca, ya lo verán.

Después de despedirse con cierta amargura de su gente murciana, La Fuensanta emprendió el viaje de vuelta camino de su eterna ciudad de Córdoba, se fue cambiando de indumentaria por el camino –no seas mal pensado Rafael, a la Virgen no se le vería nada en absoluto, descuida, estoy por decir que llevaba la ropa del Córdoba debajo; la camiseta y los pantalones tejanos-. Así que, ya de cordobesista, fue por el camino festejando el triunfo con su amiga Guadalupe y con sus traviesos ahijados, que no pararon de entonar su himno cordobés hasta llegar a casa, contentísimos por una vez en la vida de no jugar el papel indeseable de mártires.

El jueves 19 de junio de 2014 con 21.000 espectadores, por tercera vez este año, tendría lugar el histórico encuentro decisivo entre el Córdoba y Las Palmas. Prescindimos de preliminares, sólo decir que entre la multitud, según la versión celestial del gordo Gerardo hubo aplastante mayoría local, como no podía ser de otra forma: los jóvenes patronos San Acisclo y Santa Victoria, La Virgen de la Fuensanta, copatrona de la ciudad, La Lupita (sin jurisdicción y por lo tanto sin presencia activa, como “El Chapi”, una foránea dirigiendo al equipo), y, como invitado especial, el mismísimo Arcángel San Rafael, guardián y custodio de Córdoba, la última incorporación del equipo, idea de la mejicana, que no quería dejar nada al azar. Por el equipo canario únicamente –que sepamos- la advocación mariana de la Virgen del Pino, patrona de la isla, a la que se agasajó a su llegada con la debida cortesía, haciéndola visitar la lista completa de las iglesias fernandinas, empezando por San Lorenzo y terminando por San Pedro, donde nuestros patronos les mostraron dónde eran venerados por los cordobeses a pesar de su depauperado estado de conservación. La procesión hubo de pasar además obligadamente por la Mezquita-Catedral y más en estos

tiempos que está tan solicitada, para terminar en el único sitio por el que se interesó realmente la del Pino, el santuario de la Virgen de Linares, pues al parecer había coincidido con la Conquistadora y Capitana en alguna ruta de senderismo.

Finalmente la canaria descansó de la paliza junto a sus dos hermanas en el santuario de la Fuensanta, se comió su buena tortilla de patatas con salmorejo regado con unos buenos trinqués de fino de Montilla, -traído de la bodeguilla de enfrente para la ocasión-, y se quedó frita en la siesta, hasta el punto de llegar con el partido empezado. Tuvo que recurrir a sus poderes para encontrar a sus colegas en las gradas, medio sonámbula que estaba. Llegó pidiendo disculpas, como en otro mundo y preguntando por el resultado. Le explicaron que cero a cero, pero que ya había tenido una oportunidad Ulises el mejicano, el compromiso del que tanto le habían hablado. Fue sentarse y ver un rápido contraataque peligrosísimo del Córdoba: un centro desde la derecha de Pinillos, en una salida en falso de Barbosa, que es cabeceado por Luso a la altura del tercer anfiteatro sin la dirección correcta, molestado por el veterano Ángel en el salto -desde el primero y con el ala izquierda-. Por poco. Los graderíos gritaron: ¡UUYYYY! Y el estadio atronó en aplausos.

La Virgen del Pino -que era por lo tanto muy larga- desconfiaba de sus hermanos. Tuvo la impresión de que ya se la estaban jugando y exigió de todos los presentes su neutralidad, a lo que los cordobeses del otro mundo no se pudieron negar, quedando ella así más tranquila con la palabra de estos y celebrándose desde ese momento un imprevisible encuentro más.

Empieza el partido el Córdoba incomprensiblemente jugando a la contra, a pesar de jugar en su campo. El Chapi pretende seguir el concepto de los equipos de Luis Aragonés antes de coger a la selección; no ocupar sino llegar, sorprendiendo, al campo contrario. Las Palmas creaba peligro desde el centro del terreno. Aranda, el incombustible y aguerrido delantero que ha pasado por varios equipos de Primera -lo que dice mucho pero no sólo bueno de él- recibe un pase magistral al hueco de Apoño, pero remata fuera. El Córdoba apenas

llegaba más que en jugadas a balón parado. Un córner a nuestro favor lo remata en picado Juanlu, saliendo por encima de la portería.

Las Palmas jugaba mejor y tenía tres sucesivas oportunidades, aunque no muy claras, mientras el Córdoba descaradamente agazapado, corría el peligro de que tanto fuera el cántaro a la fuente... Hasta el punto de que por momentos daba lástima verlos, parecían angelitos de Segunda dominados por demonios de Primera. Para colmo Luso, se lesiona en el minuto treinta y siete de la primera parte, y es sustituido por López Garai, aún más defensivo.

La superioridad de los canarios pecaba de suficiencia. Sus dos centrales marcando en zona relajadamente descuidan a Xisco, que recibe un balón de espaldas al borde del área, se gira y botando dispara con potencia a la cepa del poste para que Barbosa detenga con grandes dificultades. Un aviso.

A punto estuvimos de entrarnos a los vestuarios con el marcador en contra. En el último minuto, Momo dribla y pasa a Nauzet, que con todo a favor no consigue batir al meta Juan Carlos, que según contaba Gerardo llevaba ya un tiempo entrenando directamente con el propio San Acisclo, por si las moscas.

En la segunda parte sigue el dominio canario, Momo con un túnel como el de Despeñaperros vuelve a desbordar a Gunino y tiene que meter el pie Bouzón para despejar con apuros a córner. El demonio canario, sonreía a sus compañeros al término de la jugada, como diciendo: "Que le compren una sotana al uruguayo".

El Córdoba se defiende con orden y busca balones en largo desde su defensa. En uno de ellos Abel, nuestro *quarterback*, envía un precioso balón desde su medio campo para que Xisco controle de espaldas y chute dándose la vuelta desde el punto de penalti ante la salida providencial de Barbosa, que consigue atajar el peligro, antes de que se convierta en *Touchdown*.

Poco después nuestro Arcángel San Rafael, enojado por las burlas de Momo, castiga al personaje de Michel Ende, que en su osadía baja a su defensa para subir el balón en persona y en lugar de jugar con un compañero le entrega el balón a Ulises por error, que se adentra y lanza un tiro raso pero mordido con la

oposición de un defensa –que se cruzó en última instancia al recordar nuestro Arcángel su palabra empeñada-. Momo, que corrió inútilmente hacia atrás para remediar su fallo, escarmentado, resoplaba volviendo a su sitio como cualquier hombre de gris.

La venganza canaria del tremendo susto anterior lo preparó la del Pino enfadada, y vendrá en un córner por su lado derecho que remata Aythami, incomprensiblemente solo –al quedar todos los blanquiverdes por un momento paralizados-, en volea que pifia estrepitosamente al borde del área pequeña, como buen defensa, a las manos de Juan Carlos.

Para terminar el partido, en el último minuto Arturo, que había entrado por Xisco, recibe un pase a lo Laudrup entre líneas dentro del área, se intenta salir del marcaje de Deivid, que lo derriba en el punto de penalti. El estadio entero clama como uno solo: ¡PENALTI!!! Justo en el momento en que el árbitro, para llevar la contraria, sorprende a todos con la mano alzada por fuera de juego señalado previamente por su auxiliar. El partido ha terminado. Cero a cero. Todo queda para el partido de vuelta en la isla de Gran Canarias.

- Rafael, ponme la penúltima que viene lo bueno.
- Miguel, que te estás pasando.

A estas horas de la noche nuestro jugador de tercera está ya desbarrando, con la media lagartijera haciéndole efecto. Esperemos que consiga llegar al final antes de que se lo tenga que llevar alguien arrastrando.

Como decía, todo quedaba pendiente para el partido en Las Palmas. Y allí sólo restaba ganar o perder; la gloria o el fracaso. Por una vez el equipo, los aficionados y nuestros propios ángeles hicieron el viaje volando, aunque por separado. A la llegada a la isla la recepción a nuestro grupo fue decepcionante y el traslado desde el aeropuerto hasta el hotel de los jugadores un verdadero calvario. Aunque era un lugar al que se le tenía cierto cariño –ya saben, lo de los plátanos, el mojo picón y todo eso- nos llevamos la impresión de que el amor no era mutuo. La misma recepción de la Virgen del Pino a nuestros amigos, sus invitados, no fue precisamente una fiesta. Pareció un tanto confundida de saludar a una expedición tan numerosa, no comprendía la importancia que el

evento también tenía para nuestra gente, santos o pecadores. El caso es que a los tres patronos, a la Lupita y a San Rafael, se les unió la Virgen de Linares, despertada de su letargo por la canaria en su santuario, San Eulogio y hasta San Álvaro, próceres señalados de nuestra ciudad. Nadie se quiso perder la ocasión, los billetes les debieron salir baratos. Tenían la oportunidad de asistir a un momento histórico que no presenciaban desde hacía medio siglo, y aunque cuarenta y dos años parezca poco para una eternidad, les parecía más interesante que ninguno de los últimos eventos a los que les había tocado asistir. Así pues fueron conducidos en una pequeña guagua al centro de la ciudad, quedando los últimos en bajar, en cuya parada esperaba la del Pino para alojarlos en un cochambroso hotel de clase turista, en un par de habitaciones dobles con camas literas supletorias, lo más cutre que pudo encontrar, un hotelucho de mala muerte de los que huelen a comida de hospital en duodécima línea de playa. Ella alegó que no había encontrado otra cosa, que allí era obligado reservar con mucha antelación y que, dadas las circunstancias, no se podían quejar. Así que se despidió hasta la hora del partido, excusándose por no dedicarles su tiempo debido a las innumerables llamadas y mensajes que tenía que atender, precisamente por tratarse del día que se trataba, como si nuestros corresponsales del Más Allá no llevaran semanas y aún meses, debiendo atender el mayor número de plegarias que habían recibido desde la caída de las torres gemelas.

La nohecita que pasaron se la pueden imaginar, entre unas cosas y otras, enterita con los ojos como platos. Al día siguiente, después de darse un bañito en la tranquila playa de las Canteras, con sus anticuados trajes negros de baño con sus falditas y sus gorritos a juego, ellas, y sus bañadores con sus bragueros, ellos, almorzaron un rancho canario por santo, unos sancochos de segundo y una riquísima carne de cabra con sus papas arrugás, para acabar con unas tortitas de plátano de postre, unos, y un heladito de bienmesabe, otros, que los transportó al séptimo cielo, de donde por cierto venían.

- Miguel, ya me dirá usted quién le ha contao lo que comieron los santos. -
Le soltó el barman por escucharlo.

- No tengo ni idea del que los vio o del que se lo ha inventao. Yo te cuento lo que me contó mi amigo el plumilla Velasco.
- ¡Ya! –siguió el escéptico camarero-. Y al periodista el gordo Gerardo...
- ¡Exacto! Déjame ya Rafael, que me estás mareando. Me parece que es un poco tarde ya para ponerle pegas a nuestras fuentes, digo yo. ¿Sigo o no sigo?
- Siga, siga, que estoy ya mismo fregando.

Pues terminado el almuerzo, se levantaron y se fueron andando despacito para hacer sus gloriosas digestiones, hacia el moderno y lujoso barrio de las Siete Palmas, donde estaba el nuevo campo de Gran Canarias, parándose a tomar un cafelito por el camino. Presiento que aquel paseo hasta llegar al campo de fútbol no fue lo más agradable de su corta estancia en la isla, sino todo lo contrario, los canarios parece que no vieron con buenos ojos la procesión de aquellos santos y me consta que les costó llegar al asiento que les tenían reservado en el fondo sur, que hasta tuvieron que quitarse las camisetas rayadas para no sufrir los improperios de algunos fanáticos pio-pio. Por eso, cuando la del Pino les advirtió en el último momento y por wasap de la esperada neutralidad, el ambiente no era el más propicio para ello. En cierta forma, si reflexionan sobre todas las circunstancias que rodearon al evento, llegarán tal vez si no a justificar sí al menos a comprender los episodios finales del encuentro, que explican de alguna manera nuestra tesis intervencionista.

Si prescindimos del valor de nuestros angelitos, todo estaba a favor de la victoria y ascenso del equipo canario. El jugar en casa con 32.000 espectadores de amarillo animando; el cero a cero del partido de ida, que los dejaba a ellos a un solo gol del ascenso –aunque también a nosotros, por el valor doble de los goles en campo contrario-; la historia misma del Las Palmas, tantos años en Primera; y, como todo el mundo decía, el equipazo que tenían este año, un equipo hecho para ascender junto al Dépor, pero al que se le coló delante el increíble Éibar. Estaba claro que eran los favoritos y si no ganaban, para todos sería una sorpresa y un fracaso. Nosotros no, el Córdoba había hecho una temporada muy irregular con toda la pinta a falta de diez partidos de salvarse sin muchos apuros, pero sin pena ni gloria, a no ser por el sprint final que los

metió de chiripa en el último hueco. Y además, contra todo pronóstico, se había permitido eliminar al equipo murciano, algo extraordinario, pero nadie había ascendido nunca quedando el séptimo. Así es que, después de la superioridad exhibida por los amarillos en el primer partido en nuestra ciudad, podíamos darnos con un canto en los dientes con llegar a donde habíamos llegado, y, si no ascendíamos, de ninguna manera se podía considerar un fracaso. Por eso, quizás, a diferencia del partido de casa, desde el primer minuto del encuentro nos encontramos con un Córdoba muy tranquilo y bien asentado, aunque sin ningún delantero claro, con Ulises y López Silva, dos medias puntas sueltos, como los más adelantados.

- Que sí, Miguel, como Maguregui, con el autocar atravesao.
- Exacto, o como los italianos: al "*catenaccio*".

En la primera parte, como era de esperar, dominó el equipo canario, funcionando como una gran orquesta interpretada por los tres instrumentos mejor afinados: Momo, Aranda y Nauzet Alemán; con música del maestro Apoño y la dirección de Herbert Von Valerón. Sin embargo los cordobeses, aunque empezaron muy replegados, no se conformaron con ser meros espectadores del bello concierto, sino que, como en algunos musicales de vanguardia, se atrevieron a intervenir con su propia melodía, creando una composición realmente grata para los sentidos, aunque no para los nervios.

Las oportunidades más que música fueron pura poesía, cinco grandes ocasiones entre los dos equipos, como los cinco versos endecasílabos de un Quinteto de Arte Mayor en el que rimaran en consonante los pares y los impares entre sí. Empezó con una falta que lanza Momo con su potente zurda, que despeja con los puños Juan Carlos, y después, alternativamente, Córdoba y Las Palmas copiaban dos jugadas como con papel de calco: un pase al hueco que deja solo a un delantero mano a mano con el portero, con un tiro a bocajarro que es milagrosamente despejado; y un balón de un trallazo estrellado en la cepa del poste, uno por cada bando. Como si desde las alturas hubiesen compuesto el hermoso poema y todo estuviese ya escrito y pactado.

La Lupita, abajo, que no era melómana ni diletante, sino más bien de verbena de barrio, en lugar de disfrutar con la función estuvo muy inquieta todo el primer tiempo, y la Fuensanta, acostumbrada a las monsergas de las campanitas de La Velá, medio igual. Los chiquillos sin embargo disfrutaron continuamente cantando y haciendo la ola, aunque fuera al son que bailaban los aficionados canarios, y los únicos que parecían tomárselo con auténtica filosofía estoica senequista eran los ancianos, San Eulogio y San Álvaro, que contemplaban el espectáculo como si estuvieran en el Gran Teatro.

Así que en el descanso, persuadidas de que estaban siendo víctimas de injerencias extrañas, las dos amigas se pusieron de acuerdo en intervenir. Guadalupe, con mayor experiencia y desarmada como estaba fuera de su ámbito, dirigiría el equipo, situando abajo en primera fila estratégicamente alrededor del estadio a los cuatro santos cordobeses con mayor raigambre y compromiso: la Fuensanta como baluarte defensivo detrás de la portería del Córdoba, velando por la solidez del autocar y por nuestro portero Juan Carlos; los patronos en el centro del campo, uno en cada banda, prácticamente a pie de césped; Acisclo en la derecha en Preferencia y Vicky en la izquierda en Tribuna; y para terminar, el Arcángel, el que más sabía de fútbol de los cordobeses después de más de medio siglo de espectador, en el fondo Norte, detrás de la portería contraria. Y el resto, junto a la mejicana, supervisando, en labores de intendencia, se quedarían donde estaban, junto a los pocos aficionados cordobeses que habían viajado.

Pero la cosa se complicó antes incluso de lo que sospechaban. Mientras nuestros custodios se esparcían por el estadio, mucho mayor que el antiguo campo insular, y abarrotado como estaba, antes de que la Fuensanta ocupara su sitio en la grada, tras la meta canaria, en el minuto dos marcó el primer gol Las Palmas. Pedro le complica la vida a Raúl Bravo en un balón hacia atrás, que este, falto de recursos no se decide a despejar, presionado por Nauzet, el mejor de su equipo en la primera parte, para que el avisgado Aranda se lo robe, penetre hasta la raya y se la deje hacia atrás al compañero que llega, Apoño, en un magnífico pase de la muerte, para que este remate contundente desde el punto

de penalti con el interior de su pie al interior de la red. Uno a cero. Las Palmas, de momento, clasificado.

Cuando se dio cuenta, la Fuensanta se vio zarandeada y manoseada por unos cuantos energúmenos amarillos que saltaban y se abrazaban de alegría por el importantísimo gol de su equipo. Se despegó como pudo y alzó la cabeza para ver la repetición del gol en la gran pantalla del campo. Los aficionados locales –y lo que es peor, los jueces- ni se fijaron, pero se pudo apreciar claramente un fuerte empujón de Nauzet, en carrera, a López Garai, que le derribó justo en el momento de haber podido interponerse en la trayectoria del disparo, y salvarlo. Con la cara escayolada del enfado se sentó junto a unos chiquillos que estaban aún festejándolo, cuando el Córdoba puso la bola de nuevo en juego desde el medio del rectángulo. Inmediatamente la santa forofa cordobesa se puso las pilas –o las botas de tacos- y se convirtió en un defensa blanquiverde más.

Tres minutos después, Las Palmas pilla al contraataque al Córdoba despistado –un fallo humano-. Un balón cabeceado por Aranda deja a Nauzet el camino libre hacia Juan Carlos. Ante el peligro intenta alcanzarlo Raúl Bravo y Gunino por el otro lado – haciendo la Virgen del Pino que se choquen y derribarlos-, con lo que dejan a Momo, que llega por la izquierda, desmarcado, se planta delante de Juan Carlos y lo rebasa con un disparo por bajo. Entonces en última instancia el balón es despejado por Raúl Bravo, al que la Fuensanta puso en pie como una figura de cine cómico, para que llegase a tiempo a cortarlo. El buen defensa exmadridista corrigió así –con la ayuda divina en este caso- el error del gol anterior, que de haber entrado hubiera supuesto seguramente la derrota definitiva. ¡Primer milagro!

La siguiente fue una ayuda táctica de la intendencia. Ya hemos dicho que Las Palmas controló y dominó el partido la mayor parte del tiempo, sobre todo gracias a su centro del campo. Así es que a la Lupita, muy ladina, no se le ocurrió cosa mejor que influir en el entrenador canario para quitarse de en medio a los jugadores más importantes del equipo contrario, empezando por su director de orquesta, que no era otro que Valerón, así es que avisó a Vicky que estaba por aquella banda, para conseguir que Josico, su míster, lo limpiara del campo. Aún

no sabemos cómo pero a los treinta segundos se obraba el segundo milagro, el mágico centrocampista canario salía perplejo del estadio, sustituido, ante el atronador aplauso no sólo de su afición, sino de todo el estadio, incluidos todos los cordobeses, pecadores y santos.

En ese momento el Córdoba pareció por momentos que levantaba la cabeza, sin embargo al poco rato a punto estuvo de que se la cortaran, pues, ahora a la contra, se planta de nuevo Aranda delante de Juan Carlos –arrodillado- y lo fusila de un trallazo a bocajarro, tan fuerte que para que no se le doblaran las manos tuvo que colocar también las suyas –ya enguantadas- la Virgen de la Fuensanta. Ese fue el tercer milagro.

Después la Virgen, técnicamente peor que Raúl Bravo, por poco mete la pata, faltando sólo cinco minutos para acabar, en una mala cesión de Gunino botando, a su portero, Juan Carlos –prácticamente abducido por la Fuensanta- no controla bien el balón y da tiempo a que Vicente Gómez, el sustituto de Valerón, se lance al césped para que el rebote del despeje salga rozando los palos. Cuarto milagro.

Y un minuto después, antes de los follones, la última oportunidad también para el equipo local. El Córdoba lanzado al ataque, con los dos gigantones delanteros en el campo y el equipo entero volcado en campo contrario, Pinillos se enreda con el balón y Apoño, el goleador canario, se lo roba con un planchazo –en clara falta- a pocos metros del área, le cae botando dentro y fusila a la Fuensanta, que –con justicia- consigue desviar levemente con la mirada. Quinto milagro.

- Caramba, Miguel, más que un partido parece un rosario.
- Calla Rafael, ponme otra copa que estoy terminando.

Lo demás quizás lo haya inflado el propio Ulises, su compatriota mejicano, al que se lo refirió, o el periodista, que se me antoja también un poco fantástico, y si no nuestro singular jugador veterano, que estaba ya a estas horas un poquito tomado. Nunca lo sabremos.

Pues eso, continuó Miguel -que si no pasó a la historia del fútbol español por sus triunfos tal vez sí pasase por su relato, aunque sea a la Historia Universal de la Infamia-, nos acercábamos al minuto noventa, en cuyo momento se elevaron inusitadamente los niveles de audiencia no sólo de los programas radiofónicos y televisivos, sino a la vez, los menos estudiados de las oraciones y plegarias de los más religiosos aficionados, hasta tal punto que hicieron saltar las alarmas de nuestros santos. A la Virgen de Linares no le podía doler más la cabeza, San Rafael no daba abasto a contestar sus cuarenta mil mensajes; y la Fuensanta, desbordada, tuvo que desinstalar el wasap; mientras los patronos –que no consintieron en dejar su móvil ni para hacer su trabajo- acabaron enganchados y están todavía haciendo yoga y pilates en la iglesia de San Pedro desintoxicándose del aparato.

Pero la Lupita, cansada de las continuas e interminables súplicas de su compatriota Ulises, llevaba ya en la cabeza un gran plan, un plan genial que llevaba tiempo madurando y había llegado la hora de llevarlo a cabo. La mejicana estuvo esperando toda la segunda parte a que su equipo reaccionara y fuera capaz de inclinar la balanza a nuestro favor, pero lejos de eso, vio como pronto se adelantaban los locales y como su amiga debía de lucirse directamente en espíritu varias veces para que no llegara la cosa a una situación irremediable. Así que faltando menos de cinco minutos para terminar el partido, aproximadamente cuando los canarios disfrutaron de la última oportunidad, la Virgen de Guadalupe puso en marcha su plan, al que podíamos denominar “El Ardor amarillo”, “La pasión canaria”, o algo así.

Se trataba realmente de una invención mejicana, una receta a base de una sustancia extraída de la especie de chile más picante que existe, el chile habanero, que en pequeñas dosis y mezclada con otras hierbas silvestres tomaban los pueblos aztecas –chupada o esnifada- para elevar la pasión sexual de los más apáticos o más viejos de la tribu e igualmente para los momentos previos a entrar en batalla, pues les infundía una euforia y un ardor guerrero proverbiales. La Lupita le hizo sus arreglos y se la trajo de su tierra en varios frascos repartidos en la maleta.

Así que en ese momento, como se había concertado, avisó a sus colegas los cuatro santos que rodeaban el terreno de juego y les dio la orden de que sacaran su elixir mágico y lo rociaran cada uno por su lado, a la vez que la charra sacaba ella misma de su bolso el suyo y lo espolvoreaba convenientemente a base de precisos y potentes soplidos por toda la grada. El efecto fue fulminante, en un minuto no quedó un solo espectador sentado en su asiento, jaleando como posesos cada una de las jugadas que quedaban. El flujo imperceptiblemente visible de *la capsicina*, la potente sustancia que contiene el ardiente condimento, voló más allá de los aladares del estadio, yendo a caer sobre los cientos de aficionados que esperaban fuera a que abrieran las puertas para celebrar dentro la victoria y el ascenso de su equipo a Primera después de doce largos años.

Decir que existe una norma de UEFA que prohíbe cerrar con llave los portones de entrada una vez que los espectadores han quedado dentro del estadio, aunque dice también que cada uno de los accesos debe estar controlado por una persona que pueda abrir o cerrar fácilmente por si existiera una emergencia. De lo que no se dice nada es de la práctica habitual, cuando quedan cinco minutos, de abrir las puertas para que vaya saliendo la gente. Aunque en nuestro caso, dicho hábito se utilizó insólitamente al contrario, los pollitos que pululaban por los alrededores sin entrada, sumados a los que fueron llegando a medida que el éxito de Las Palmas parecía asegurado, insuflados de la pasión natural del triunfo y de nuestro elixir mágico, fueron entrando y ocupando los grandes accesos hasta plantarse dentro del mismo campo. Estos por una parte y por otra los espectadores de los graderíos, principalmente los más próximos al terreno de juego, los más apasionados o los más arrojados –por no decir nada malo-, viendo a la vez como se iban poblando los alrededores del césped, intoxicados además por el ardor del elixir mejicano, fueron cubriendo peligrosamente las inmediaciones del terreno, en una precipitada, esperpéntica y contraproducente celebración. Hasta el punto que el árbitro, razonablemente tuvo que parar el partido, después de haber dado tres minutos más de prolongación -y haberse jugado sólo la mitad-, hasta que todos

los asaltantes fueran evacuados, con la advertencia de suspenderlo definitivamente con todas sus consecuencias.

- Eso fue lo que nos salvó, Miguel, la invasión del campo. Si no de qué.
- Bueno, eso no fue todo. Pasaba el minuto noventa, estaban en los tres minutos de prolongación y sólo quedaba un minuto y medio para acabar, para marcar o para que no les marcaran. Había que meter la pelotita, y a ellos no le habíamos metido ni un gol en toda la eliminatoria –dejó claro nuestro jugador con toda razón-. Pero los angelitos cordobeses al menos lo iban a pelear. Sigo, ya verás.

Ahora quedaba la segunda parte del plan. Después de enfriar el partido, el Córdoba necesitaba marcar, y desgraciadamente El Chapi ya había hecho los tres cambios, y en los que estaban sobre el césped, era evidente que ya no se podía confiar, así que, siguiendo las indicaciones de la Lupita, nuestros próceres se dispusieron a vestirse de corto y a saltar al terreno de juego, aunque esté feo decirlo, sin mucha fe en ellos mismos, a pesar de los duros entrenamientos a los que se habían sometido en las últimas semanas.

La Fuensanta con las botas y los guantes calzados llevaba ya un rato dentro del cuerpo del meta Juan Carlos, así que de allí no se movió. San Acisclo saltó camuflado entre los aficionados canarios y se colocó pegado a la línea pensando en el cuerpo de qué jugador se podría meter. Vicky, Santa Victoria, por su banda, hizo igual, bajándose con mucha prudencia y buscando al futbolista cordobés de su agrado. Mientras San Rafael lo tenía más claro, debía valerse de nuestro crac, el causante de todo aquel tinglado, se metería para tratar de hacerlo triunfar como él quería, en la persona de Uli Tardáguila, el pequeñín mejicano.

- No le voy a dar muchas vueltas –trató de terminar nuestro querido exjugador medio adormilado- ya lo hemos visto cien veces, aunque ninguno se dio cuenta de lo que realmente ocurrió, porque a nuestros ojos les estuvo vedado –pero no a los del iluminado Ulises Tardáguila, que nos lo contó.
- Ya, ya. Ya me lo estoy imaginando. Termine que estoy recogiendo.

Pues se reanudó el partido después de varios minutos de tensión que hicieron presagiar la suspensión definitiva con vaya usted a saber qué resultado. El juicioso árbitro, con buen criterio, después de alojados los asaltantes bajo los graderíos, lo más lejos posible del terreno de juego y acordonados por las anodinas fuerzas de seguridad, dio orden de poner de nuevo el balón en juego desde la banda derecha con posesión para el equipo cordobés.

Saca Acisclo –a todos nos pareció Pelayo- que llevaba cinco minutos detrás de la línea con el balón en las manos. Lo hace hacia adelante, para que su extremo la ceda hacia atrás a su defensa central, que la golpea en largo hacia las inmediaciones del área canaria. El balón lo cabecea Arturo, pero sale despejado de la zona de peligro, para que controle Pinillos, que dispara con su zurda desde demasiado lejos, chocando en un defensor. El rechace le cae a Raúl Bravo –en el que la niña Victoria se había infiltrado- por la banda izquierda, que trata de penetrar por su lado, cede de nuevo a Pinillos, que intenta encontrar un hueco para centrar, sin acierto, para que Ángel, el defensa canario, despeje de nuevo en largo sin problemas a nuestro campo.

- Todo esto ocurrió en treinta segundos. ¿Te lo puedes creer, Rafael?
- Ya lo sé, Miguel, y no quedaba más que un minuto. Termine usted de una vez.
- Terminaré.

Pues le llegó la pelota a La Fuensanta –esto sí lo creerán- despejada por el Ángel canario, a unos diez metros por delante de su área, botando, para que nuestra patrona hiciese –con mucha clase- un control orientado y la cuelgue de nuevo a la olla. El balón caído del cielo lo controla de espaldas con la pierna izquierda San Acisclo, nuestro patrono, y en lugar de presionarle la defensa de Las Palmas, como asustados por el santo, retroceden, dejando que se gire y centre desde su lado con gran potencia y precisión al segundo palo, al mismo borde del área chica, donde Vicky, su hermanita la patrona, la remate –fatalmente- con la zurda de Raúl Bravo, tan defectuosamente que ni el portero Barbosa se esperaba para dónde saldría aquella endiablada pelota, de tal forma que apenas pudo tocarla, y San Rafael –ya saben, en la figura de Uli Tardáguila-

consiga llegar el primero al lugar preciso en el momento adecuado y no tenga, con su zocata divina, más que empujarla.

- ¡Qué emocionante, Miguel! Me acuerdo que me abrazaba a mis niñas como un loco. Y mi mujer, que odia el fútbol de haberlo aguantao tantos años, viéndolo en la cocina saltaba y gritaba y se vino corriendo y gritando para el salón a abrazarnos.
- Es verdad, como con el golazo de Iniesta para ganar el Mundial.
- Bueno pues habrá que marcharse si ya se ha acabao.
- Espera Rafael, hasta aquí lo que ya sabe la gente. Pero, ¿no te interesa saber qué pasó con Ulises después? ¿Sabes lo que me ha contao Velasco, el periodista, que le dijo su vecino Gerardo?
- En dos palabras, Miguel, que estoy cansao y se va hacer ya de día.

Pues parece ser que después de festejarlo en la isla, en el campo y en el vestuario con todos, al llegar a Córdoba, Ulises, tras celebrarlo también con los suyos, pensó en volver al Santuario de la Fuensanta a buscar a aquella dulce muchacha que le había animado cuando pasaba por una mala racha y le había dado las fuerzas para luchar hasta conseguir lo que tanto deseaba.

Aunque terminó muy tarde de fiesta por la noche, puso el despertador temprano, porque no se lo podía quitar de la cabeza, y antes de que sonara ya estaba desayunando y cogiendo su potente vehículo hacia el barrio del Arcángel a primeras horas de la mañana. La hermosa puerta principal, como el primer día, estaba cerrada con los barrotes de hierro, así que intentó introducirse por la puertecita del huerto, que en esta ocasión se encontraba solamente entornada. Entró pensando en la cara de la guapa muchacha al jardincito, anduvo hasta el pozo, se asomó por detrás hasta el fondo por si veía algo, pero aquello estaba vacío, así es que se fue hacia el rincón donde estaban las dos puertas juntas. La de la iglesia, como imaginaba se encontraba cerrada, así es que decidió otra vez llamar a la vivienda a ver si esta vez estaban las personas que cuidaban del huerto o si eran fantasmas o espíritus quien lo cuidaba.

Tocó al timbre como el día que volvió del entrenamiento cansado y no tuvo que esperar mucho tiempo a que le abrieran esta vez. Apareció un hombre serio de cierta edad vestido de oscuro pero con ropa de paisano.

Ulises por un momento pensó que estaba frente al padre de la muchacha y se arrepintió de haber llegado hasta allí. Aunque en realidad se temía algo mucho peor. Por eso cuando el señor le preguntó qué quería, él se dio la vuelta y se excusó respondiendo que nada, que era un error. Fue la insistencia del hombre la que le arrancó la palabra al mejicano.

- Discúlpeme, se lo ruego –empezó-, sólo venía a decir una cosa a su hijita, señor.
- ¿Mi hija? –Respondió el hombre extrañado-. Está usted equivocado, joven. Yo no tengo ninguna hija. Yo vivo aquí sólo con mi hermana, que es una señora de edad. –Y en ese momento salió de la casa ella, una mujer nariguda que no cabía por las puertas, que andaba barriendo por la salita-. Sin miramientos y con la voz más desagradable del mundo apareció por el umbral preguntando:
 - ¿Qué pasaa? ¿Qué quieree?
 - Nada, nada, perdónenme. Es que en abril estuve aquí en el jardín hablando con una chica joven, morena y muy guapa, que estaba regando las flores y suponía que vivía en esta casa.
 - ¿Una muchacha regando lah floreh? ¡Me extraña!, -le soltó la bruja gigante, como un escobazo-. Si lah masetah lah regamoh nosotroh... ¡Ande! Salga pa fuera. Qu'es mu temprano pa entrar a la iglesia, y aquí, cuando no hay misa, está prohibido entrar. ¡Con Diooh!

Salió por el jardín la señora detrás de Ulises, medio empujándolo, blandiendo la escoba en sus grandes manos, como se haría para conducir a una gallina escapada del corral, pensando que el manito debía ser un maleante que estaba rondando para robar el cepillo o alguna de las piezas del sagrario, y con mal genio cerró la puerta del huerto a su espalda sin más contemplaciones, dejándolo tremendamente confundido.

Ulises “Uli” Tardáguila, nuestro chamaquito, Rafael, -y termino que habrá que acostarse-, ya en el exterior, pensó en que la joven habría venido también a rezar, y luego, sin tener por qué, había cogido la regadera por su cuenta y se había puesto a echarle agua a las macetas, por echar una mano. También pensó en que tal vez fuera una vecina o una mujer piadosa que se había encontrado aquí por casualidad. Pero nuestro guate era demasiado listo e imaginativo para sólo quedarse en eso. Volvió a darse un paseo por el barrio hasta que llegara la hora de misa, a la que llegó el primero, antes que las cuatro beatas de todos los días, a las que les quitó incluso uno de los asientos del primer banco. Estuvo mirando hacia arriba toda la misa. Mientras le rezaba las cincuenta avemarías buscaba en la cara de la Virgen, en lo más alto del altar, una muestra de la Señora de que lo reconocía, de que era ella la que le había ayudado. Estuvo tanto rato mirándola que agarró una tortícolis, pero no llegó a ver ni escuchar nada de ella. De todas formas, al marcharse el último, con la vieja gruñona esperando en la puerta, Ulises, sin apartar la mirada de la preciosa imagen de la Fuensanta, de viva voz, alto y claro, aunque lo oyera la bruja, le dijo:

- ¡GRACIAS, MUCHACHA!

Aquí terminó Miguel de contar su relato, sudoroso y exhausto –como al final de un partido en Alhaurín-. Después se levantó y pagó al camarero, su amigo Rafael, con los cinco euros que llevaba toda la noche en el bolsillo más un pagaré firmado en una servilleta con su fecha y el importe que restaba hasta el total de la cuenta, aunque finalmente no fuera aceptado por este, que prefirió –conocedor de sus creencias y costumbres- hacerle jurar por San Rafael Arcángel que se presentaría al día siguiente a pagarle.

Se marchó del Club 3000 nuestro jugador en solitario camino de su casa, poco antes del alba. Salió, con las farolas aún encendidas del Campo la Verdad, por el

moderno Puente Romano, pegando bandazos y cambayadas de uno a otro costado, con la cabeza gacha y medio amodorrado, cuando a mitad del puente oyó una voz clara y contundente a su lado:

- ¡Buenos días, Miguel! –Hizo como que no la había oído y al momento volvió a escucharla otra vez:
- ¡Qué vergüenza!
- ¿Quéé? ¿Quién es? –Respondió asustado el singular exjugador.

Se dio la vuelta y sólo vio, en lo alto del pretil, la estatua en piedra del Arcángel. Volvió la vista al otro lado y tampoco había nadie, así es que siguió despacio adelante sin tropezarse con una sola persona. Atravesó la rectificada joya de la ingeniería romana, se metió por debajo del Arco del Triunfo, ya clareando, y se encaminó a subir hacia el centro por la Judería, pasando entre nuestra Mezquita-Catedral y el esbelto monumento a San Rafael, que por cierto está acompañado en su basamento, a un lado y otro, por las estatuas de los dos hermanos mártires, como patronos de la ciudad. Y justo al llegar a su altura se vuelve a escuchar, fuerte y rotunda, la misma voz:

- ¿No te da vergüenza, Miguel? -Y ya sin dudarlo, sabiendo quién era el que le hablaba, nuestro jugador se vuelve y mirando hacia arriba le suelta a su santo:
- ¿Otra vez, Rafael? ¡QUE MAÑANA SE LO PAGO, JODER!

FIN

NOTA FINAL DEL AUTOR:

Este cuentecito quiere ser también un homenaje a todos los futbolistas de Tercera o de Cuarta división que componen el sustrato del fútbol cordobés, sin los cuales el Córdoba habría ascendido lo mismo, pero hubiera sido imposible hilvanar un relato tan retorcido, tan extravagante y tan largo.

Juanjo, exjugador de Tercera

Córdoba a 10 de octubre de 2014

Otros relatos del autor en:
www.veredascordobesas.com



ofisuronline



**SU PEDIDO
 EN 24 ó 48 HORAS**

**30.000 PRODUCTOS
 AL MEJOR PRECIO**

**TELÉFONO:
 957 48 82 62**

web:**ofisur.es**

tiendavirtual



**LÍDER
 EN SERVICIO**

**ASISTENCIA TÉCNICA
 ONLINE Y A DOMICILIO
 TEL. 902 946 353
 sat@ofisur.es
 MANTENIMIENTO INTEGRAL**

**REGISTRADORAS
 BALANZAS
 PROYECTORES**

**IMPRESORAS
 ORDENADORES
 PLOTTERS
 TPV'S**

**COPIADORAS
 PORTÁTILES
 PIZARRAS INTERACTIVAS**

**OFERTAS
 EN
 BONOS
 POR HORAS**